

Pero ¿para qué he de insistir en probar con ejemplares una verdad que se nos entra por los ojos? Ello es cierto que hay personas que si estudiaran por principios el arte de malear á los muchachos no lo habrían de hacer con tanta gracia como lo hacen sin ningunos estudios, sino por una mera afición al niño.

Lo peor es que mil veces los hijos se educan mal contra las sanas intenciones de sus padres; ya porque no pueden encargarse de observarlos todo el día, ó porque las madres son abandonadas y opuestas á su modo de pensar, y entonces tienen los padres que ceder conociendo el perjuicio, por no chocarse, y acaso perder la paz del matrimonio. ¡Felices los casados cuyas voluntades van acordes en un asunto de tanta gravedad; pero más felices los hijos á quienes cupo en suerte tener tales padres!

Así hablaba el coronel, cuando interrumpió su conversación una visita. Esta fué la madre de la niña Gertrudis ó Tulitas, como le decían, aquella ahijada del coronel á quien confió el cuidado de Pudenciana siendo muy tierna. Tenía ya Tulitas como diez y seis ó diez y siete años, y era, no sólo bonita, sino muy hacendosa, humilde y granjeadora. Su madre... (parece que la estoy mirando) era una señora como de cincuenta años, blanca, entrecana, de ojos azules, de una nariz muy afilada, de un cuerpo muy bien proporcionado, y aunque

con muchas arrugas y pocos dientes, se conocía que no sería despreciable en sus quince.

Su traje era un túnico azul de indiana con holancito blanco, un rebozo de Sultepec y un pañuelo con que se abrigaba la cabeza. Luego que entró y pasaron las acostumbradas saluciones, se sentó, y dirigiendo la palabra al coronel, le dijo: —¿Qué habrá usted dicho, compadrito, que cuánto há que no parezco por acá? Pero ya ve usted los trabajos de una pobre mujer sola, que le aseguro á usted que no tengo lugar ni de rascarme la cabeza. Todo el día se me va en hacer la diligencia; y con todo ¡sabe Dios los trabajos que he pasado! pero ya Su Majestad ha querido abrimme camino, y eso es lo que vengo á noticiarle á usted y á mi comádrita, que sé que se han de alegrar de mi bien.

—Es verdad que sí, dijo el coronel; no sabe usted cuánto me agrada esa noticia. Según mis cortas facultades, siempre he procurado contribuir á sus alivios, lo que manifiesta que me ha debido bastante estimación. Pero cuénteme usted despacio esa su buena fortuna, á ver si puede participar de ella nuestra Tulitas.

—¡Ay! y ¡cómo que sí, ha de participar la pobre muchacha! decía la madre. Pues vea usted, compadrito, que un señor que se llama don Gervasio, es muy caritativo (Dios se lo pague), ha dado en visitarme de pocos días á esta parte, y como me ha visto tan sola en mi cuartito

y tan pobre, me ha tenido lástima, y me ha preguntado que si no tengo nada seguro, que de qué me mantengo, y otras cosas; y cuando le he dicho que no tengo sino tal cual costura y la caridad que usted me suele hacer, se ha compadecido mucho de mí; pero desde el otro día que le dije que tenía una niña acá, se compadeció mucho, y me dijo:— ¡Válgame Dios! ¡qué lastimas, qué miserias se ven en este México! ¡Estar una madre separada de su hija, y una pobre niña arrimada en casa ajena y fuera del abrigo de su madre! ¡Jesús, qué cosas! Pero usted, señora, me decía, ¿por qué tiene á esa niña lejos de su lado? ¿No sabe usted que el ojo del amo engorda al caballo y al lado de la madre se hacen felices las hijas? Vaya, que usted no debe de querer á esa pobre criatura.

— ¡Sí la quiero, señor! le decía yo; de fuerza la he de querer si es mi hija y no nació de las hierbas; ¡sabe Dios lo que lloro cuando me acuerdo de ella, sin embargo de que está como en su casa!— Entonces me preguntó que dónde estaba y cómo se llamaba. Le dije que acá con su padrino, que ella se llamaba Tulitas, y le dí sus señas. El señor se alegró mucho al oirme, y me dijo que ya la conocía, que era de mucho mérito, y era una lástima que careciera de su madre; que si la única causa de esta separación era la pobreza, que no tuviera yo cuidado, pues él era rico y solo, y no

tenía en qué gastar su dinero sino en hacer obras de caridad; que sacara yo á mi niña para que me acompañara; que contara todos los días con dos pesos diarios; que buscara una casita de diez ó doce pesos y una moza para que nos sirviera. Por lo que hace á la ropa, que él tendrá buen cuidado de que no nos falte nada. Y para que yo no pensara que estos eran ofrecimientos de boca, me dejó dos onzas de oro, encargándome que buscara la casa y que en cuanto la hallara le avisara para que se compraran los trastos que me hicieran falta.

Ya ve usted, compadre, que estas fortunas no se hallan todos los días, y quizá Dios ha tocado el corazón á este caballero para que nos remedie; y así vengo á darle á usted los agradecimientos por el tiempo que ha tenido á Tulitas en su casa, y á llevármela para que me acompañe, porque ya tengo yo tomada la casa y está en ella la moza, que el mismo señor me la buscó. Tiene mil gracias; ayer me llevó dos camas muy buenas y un baulito con dos piezas de bretaña, diez varas de indianilla fina, cuatro pares de medias, dos tápalos, uno de seda y otro de tráfalgar, y otras muchas cositas que sólo me enseñó, y cerró y se llevó la llave; porque dice que hasta que Tulitas esté en casa me la dará, y le regalará á ella una cajita de alhajas que era de su mujer y no tiene á quién dársela; y así, compadre, yo vengo por Tulitas, porque esta ocasión no es de perder.

Oyó el coronel todo el razonamiento de la vieja, y luego que acabó le dijo:—En verdad, comadre, que ese caballero es demasiado bueno. ¿Conque conoce á Tulitas, la ha visto en el balcón y dice que tiene mucho mérito, y después de esto quiere hacerle á usted bien y buena obra? ¡Válgate Dios por caridades! Si usted fuera sola, ó si la hija que tiene fuera fea, yo le apostara mis orejas á que no encontraba un caritativo semejante; pero es cosa muy común favorecer á las bonitas con exceso, cuando las feas no hallan ni quién les dé los buenos días.

No sea usted cándida, comadre; esa no es caridad, es un anzuelo, una red que se tiende para que caiga el inocente pez. ¡Quién sabe si yo juzgaré con temeridad! No conozco al tal señor, acaso será un hombre muy virtuoso y su corazón estará limpio de malicia. Dígale usted que les haga la caridad que quiera á las dos; pero á usted en su casa y á la muchacha en un convento, y en haciéndolo así, jure usted que es un hombre de bien y que hace perfectas caridades.

—Ya se lo he dicho así, compadre; mas á eso me dice que él no es tonto para tirar su dinero en esas cosas; que los conventos y colegios no sirven sino para criar flojas y holgazanas, pues no se entran en ellos las muchachas sino por necesidad y por moda, para que les digan niñas de convento; que allí lo que aprenden

son muchas monerías y ridiculeces; que salen más hipócritas que cristianas, pues acompañándose con muchas viejas supersticiosas, sirvientas necias y niñas forzadas, ó que están allí á fuerza y que tienen bastante malicia para enseñar sus malas mañas, las aprenden fácilmente sus amigas, y pierden en los conventos la sencillez que conservan en sus casas al lado de sus madres; y por último, dice el señor que es bobería meter en colegio ó convento á una niña que no tenga vocación de ser monja, sino que piensa en casarse, pues en una clausura con dificultad se proporcionan novios; y que supuesto que mi hija no ha de ser monja, porque ó no tiene vocación ó no tiene dote, que mejor es que se quede en la calle conmigo, pues así se consigue que me asista y acompañe, y que tal vez mañana ú otro día se case con ventaja, lo que no sucederá si la metemos en conventos, porque santo que no es visto no es adorado.

Todo esto me dice el señor, y ya ve usted, compadre, que dice muy bien; porque yo he visto mucho de lo que me ha dicho y tengo muchísima experiencia; como que de muchacha estuve en convento y allí supe muchas cosas, y aprendí mil tonteras y malas mañas; porque lo que era bueno y lícito lo tenía por pecado y escrupulizaba de ello, y así se enfadaba el confesor conmigo cuando le decía:—«Acúsome, padre, que dije delante de

los hombres en reja, que me dolían las piernas, que tenía un tumor en una nalga ó una roncha en el ombligo,»— que son partes del cuerpo que yo llamaba con unos nombres que aun en los fandangos hacen reír. Mi confesor, como dije, se incomodaba de esto, y me regañaba muy seguido. Me acuerdo que un día, víspera por cierto de la Ascensión, me dijo:—Ya le he dicho... Porque mi confesor era muy santo y muy serióte. A nadie hablaba de tú, ni platicaba, sino por mucha fuerza, fuera del confesonario, ni recibía ningún regalito de sus hijas, ni quería á unas más que á otras, ni admitía papelititos, ni escribía ningunos, ni servía de empeño, ni hablaba en el confesonario sino de asuntos de conciencia, ni aprobaba virtudes, ni creía revelaciones, éxtasis ni arrobamientos,¹ ni...—Déjese usted de tantos *nís*, comadre, decía el coronel, que yo no quiero saber la vida de su confesor, aunque por lo que me ha dicho conozco que era un buen ministro de Dios; pero eso no viene al caso. Diga usted qué fué lo que dijo la víspera de la Ascensión, y acabe su cuento antes que se me olvide lo que yo le he de contestar.

—Pues, compadre, decía la vieja, lo que me dijo mi padrecito... ni así quería que le dijéramos sus hijas, sino mi confesor ó mi director. Vea usted qué tal era de

¹ La vieja no supo explicarse. Quiso decir que el padre no creía las visiones del sueño, histérico, vanidad é hipocresía con que quieren engañar al confesor; pero sí creía en los efectos verdaderos y singulares de la gracia divina.

serio; pero en fin, me dijo:—Que era menester un diccionario particular para confesar á las necias de conventos, ó una singular inteligencia para comprender sus fraudes y gazmoñerías. Ya le he dicho que se confiese en castellano y no en esa jerigonza que no entiendo, sino á costa de mil preguntas. También le he dicho que se confiese sin rodeos y sin buscar frases con que ocultar ó disimular sus faltas, porque este modo de confesarse es efecto de una muy refinada soberbia y tontería, pues cree que Dios, cuyo lugar ocupo, se engañará con el artificio con que trata de disminuir su culpa y le perdonará más fácilmente, ó á lo menos me quiere engañar para estar bien conceptuada conmigo, lo que es una simpleza, pues el concepto que yo debo formar y el que debe querer que forme es el que convenga á su salud espiritual y no á fomentar su vanidad ni su ignorancia.

¿Que le importa engañar al confesor, ni que éste la tenga por una santa, si el que registra los rincones del corazón sabe que no es virtuosa, como aparenta, sino una soberbia que viene á la sagrada piscina de la penitencia, no á purificarse de sus culpas con corazón contrito y humillado, sino á revolcarse en su mismo cieno y á salir del baño saludable más manchada de lo que entró.

Le he dicho que la verdadera virtud no está reñida